

CATALUÑA

TEATRO

El talento teatral de Caryl Churchill irrumpe en el Lliure

JAVIER PÉREZ SENZ, **Barcelona**
La fuerza teatral de la dramaturga británica Caryl Churchill (Londres, 1938) llega al Lliure de Montjuïc con el estreno, en un admirable montaje dirigido por Magda Puyo, de *Escape Alone, I només jo vaig escapar-ne* en la inspirada traducción al catalán de Sadurní Vergès. La pieza, de tintes apocalípticos, estrenada en 2016 en el Royal Court de Londres, es una caja de sorpresas, algunas extrañas y desconcertantes, otras cargadas de un humor corrosivo capaz de noquear al espectador por su crudeza y su demoledor pesimismo. Cuatro grandes actrices catalanas—Muntsa Alcañiz, Lurdes Barba, Imma Colomer y Vicky Peña—, ofrecen un recital de talento teatral en un montaje sin fisuras.

Se anota un éxito rotundo Magda Puyo en su regreso a la escena tras su dimisión en el Institut del Teatre. Con una puesta cargada de humor, ironía, poesía y simbolismo, la actriz, profesora y directora de escena catalana muestra la capacidad visionaria de Churchill en temas como la marginación de la mujer, el desastre ecológico, la depresión y la irrupción de pandemias letales. Un gran montaje, coproducido por Temporada Alta y el Lliure.

Puesta en escena minimalista en la que ni sobra ni falta nada. La escenografía de Pep Duran, de texturas impresionistas, crea una atmósfera mágica, un jardín vecinal en el que Sally, Vi, Lena y la señora Jarrett conversan sobre situaciones cotidianas, no siempre inofensivas. Lo extraño es que parecen ajenas al horror apocalíptico que relata la señora Jarrett. El inquietante espacio sonoro de Clara Peya agudiza la tensión y la iluminación de Cube.bz delimita, sin efectismos, las ocho secciones que articulan el relato.

En el feroz espíritu crítico de Churchill no hay amagos panfletarios. El juego lingüístico, la ironía y el sarcasmo son sus armas de



Las cuatro protagonistas de *I només jo vaig escapar-ne*.

El universo teatral de la autora va del realismo al absurdo y al expresionismo

denuncia; y en su universo teatral, transita sin red por el realismo, el expresionismo y el absurdo. De las muchas formas posibles de abordar su texto, Puyo acierta al potenciar en su montaje el humor fino y la ironía ácida, la ternura y la rabia. Todo adquiere un sentido poético y una carga simbólica que deja espacios abiertos a la imaginación del espectador, enfrentado a un texto visionario que, en plena pandemia, inquieta más.

Hay que dejarse sorprender por la escritura de Churchill. No

tiene sentido desvelar las confesiones íntimas, los miedos y resquemores de Lena, prisionera de su depresión; Vi, una asesina sin remordimientos aparentes; Sally, paranoica con delirante fobia a los gatos, o la desconcertante señora Jarret, que narra la desintegración del planeta sin que su relato rompa la burbuja que las protege del mundo exterior.

Basta decir que el póker de grandes actrices que las encarnan —respectivamente, Muntsa Alcañiz, Lurdes Barba, Vicky Peña e Imma Colomer— están gloriosas. El monólogo en el que Vicky Peña muestra la inquina gatuna de Sally, la versión de *Volare* que las cuatro mujeres cantan a *cappella*, o la gozosa vitalidad con que bailan el clásico de ABBA *Waterloo* son pura descarga de adrenalina en un montaje redondo. Hay funciones hasta el 20 de junio.



KMRU, durante su actuación en Santa María del Mar. / ALBERT GARCIA

El keniatá KMRU despliega su música 'ambient' en Santa María del Mar

El artista inauguró el festival Etnoscòpic en una velada de espiritualidad laica

LUIS HIDALGO, **Barcelona**
La basílica de Santa María del Mar, llena. Como si de una misa se tratara, todo el mundo miraba hacia el altar mayor. Pero no había un cura, sino un señor, se sabía, no se veía, cubierto por una capucha, sin luz, piel negra sin concesiones. Sentado frente a una mesa forrada de rojo Penteocostés, trasteaba aparatos que bien podrían abrir remotamente puertas de parking. Iluminados los fustes de las columnas del presbiterio, el espectáculo, la luz más hermosa, se filtraba por el rosetón situado a las espaldas de la nave central. Pero todo el mundo miraba donde nada había que ver. Miles de años de escenario no se olvidan por un detalle menor, amén de la incomodidad de girar el cuello. Se inauguraba con el concierto de KMRU, así se llama el artista encapuchado, Etnoscòpic, un festival que pretende explorar las realidades sociales y culturales del mundo ahuyentando la mirada exótica. No es la única mirada que deberíamos revisar.

Dice el filólogo nigeriano Abiola Irele que "la música africana será tal el día en que renuncie a esa imagen que la condena a ser la eterna cuna de los tambores y los ritmos frenéticos y mire para afuera". El keniatá KMRU lo hace. Desplegó su música *ambient* con la parsimonia líquida del aleteo de una mantarraya, sucediéndose capas de sonido superpuestas en las que coincidían sonidos analógicos, quizás órganos, grabaciones de campo, voces y ruidos tenues que en conjunto subían y bajaban de intensidad como una marea digital. De igual manera, la noche iba filtrándose en paralelo por las vidrieras, como una proyección acompañada, de forma que de la policromía inicial

del atardecer se pasó lentamente al azul que dominaba ya de noche los ojos de la basílica más alejados del suelo, allí donde la iluminación artificial de la calle no alcanzaba. Al final el rosetón era solo nevadura pétrea, resalada por la entonces dominante luz artificial del recinto, que bien podría haber estado a oscuras, como la Mar Bella cuando actuaron Daft Punk. Bellísimo el espectáculo, hermosísima la música, espiritualidad sin dioses bañando un recinto en el que no había castigo, penitencia ni perdón, solo frágil quietud en inapreciable movimiento.

En este juego de sentidos encuentra Etnoscòpic parte de sus raíces. Festival multidisciplinar que se extiende hasta hoy mediante charlas, instalaciones y conciertos con epicentro en el Museu Etnològic, anima a repensar nuestras consideraciones sobre lo diferente. Un ejemplo lo brinda la instalación de Irene Visa, *Una Audioguía Possible*, en la que un cuenco de la cultura Edo de Benin es en realidad un paraguero ovetense, un pergamino etíope resulta ser hijo del aburrimiento de un estudiante que pergeñó sus ilustraciones a espaldas del instructor y las botas de vino que cuclagan sobre la barra de la taberna El Xampanyet son almohadas inflables que los pastores usaban para la siesta y que se venden embolsadas porque a los turistas les repele el olor a la piel de animal con las que están hechas. ¿Es verdad la verdad?, ¿qué es un objeto fuera de su contexto?, ¿nos cuele goles nuestra credulidad?, ¿por qué somos tan tozudos que miramos donde nada hay? Preguntas de un festival que quizás no espera respuestas. Caminar sin esperar la llegada.

La mirada animalista de 'Gunda' se lleva el Premio DocsBarcelona

EL PAÍS, **Barcelona**
La película *Gunda*, de Victor Kossakovsky, fue galardonada ayer con el Premio DocsBarcelona en la clausura de la 24ª edición del festival de cine documental que se ha celebrado en salas y a través de la plataforma Filmin y que han seguido 85.000 personas. En la película, el director ruso planta la cámara ante un cerdo y otros animales de granja y, en blanco y negro y sin presencia humana, so-

lo a través de la observación, lanza un alegato en favor de la vida animal y en contra de la explotación de la industria agroalimentaria. "La empatía y la emoción juegan un papel dominante a través del cual aprendemos una gran lección sobre la ética de la vida", argumentó el jurado.

El premio Nou Talent, destinado a cineastas debutantes, correspondió a *Inside the Red Brick Wall*, sobre las protestas estudianti-

les en Hong Kong en 2019. *The return: Life after ISIS*, de la reuena Alba Sotorra, ganó el premio del público; *El secreto del Doctor Grindberg* se llevó el Premio Latitud; *Room Without a View* fue galardonada con el premio Amnistía Internacional i *La ermitaña*, con el DOC-U. Los espectadores adolescentes distinguieron la película *El niño de fuego* con el premio Docs&Teens.

Esta edición del festival, que ha acogido 33 largometrajes de otros tantos países, estrenó ayer la película *Dani Karavan*, un retrato del escultor israelí autor del memorial dedicado a Walter Benjamin en Portbou, con la triste noticia del fallecimiento del propio Karavan, artista plástico que fue premio Nacional de Cultura de Cataluña en 2016.